



ERMINIA

de
Arriaga y Balzola,
pour Cressatoma
ARRIAGA

Scène dramatique pour soprano avec accompagnement d'orchestre

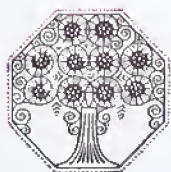
(Reduction pour chant et piano).

ERMINIA

Scène lyrique-dramatique en un acte et deux tableaux, d'après un épisode du poème
LA JERUSALEM DÉLIVRÉE de Torquato Tasso, pour soprano, avec accompagnement d'orchestre

PAR

J. C. de ARRIAGA y Balzola



Voice & piano

Représentée, pour la première fois, avec un grand succès, par la célèbre soprano Elise Leveroni,
au THÉÂTRE ARRIAGA de Bilbao le 27 janvier 1906.

Antonio Matamala, éditeur, Madrid

(Reduction pour chant et piano).



ESCENA LÍRICO-DRAMÁTICA EN UN ACTO Y DOS CUADROS, ESTRENADA CON GRAN ÉXITO POR LA EMINENTE SOPRANO
ELISA LEVERONI EN EL TEATRO ARRIAGA DE BILBAO, EL 27 DE ENERO DE 1906.

- ERMINIA -

Escena lírico-dramática en un acto y dos cuadros, inspirada en un episodio del poema "La Jerusalén Libertada" de TORQUATO TASSO; para soprano con acompañamiento de orquesta por J. C. DE ARRIAGA.

- PERSONAJES -

ERMINIA.—Princesa de Oriente.
Tancredo.—Caballero cruzado, moribundo.
Argante.—Caudillo musulmán, muerto.
Vafrino.—Escudero de Erminia.

*Intera palma del famoso Argante
 Tancredi ottiene in singolar tenzone.
 Salvo è il Re nella rocca. Erminia ha innante
 Vafrino: e questa a lui gran cose espone.
 Riede instrutto. Ella è seco; e'l caro amante
 Di lei trovano esangue in su'l sabbione.
 Piange ella, e'l cura poi. Goffredo intende
 Qual'insidie il Pagan contra gli tende.*

TORQUATO TASSO.

Primera octava del Canto XIX de "LA GERUSALEMME LIBERATA", en que su glorioso autor resume las 131 octavas posteriores, todas las cuales forman el penúltimo canto del genial poema.

AMBIENTE



OSTRIMERÍA DEL SIGLO XI...

En esta época comienza la epopeya gigante de las Cruzadas que es una de las más cautivadoras y poéticas de las gestas antiguas.

La de la primera Cruzada, el poeta de Sorrento hácela fluir viva y fragante, conto-da su hermosura medievoal en las rítmicas octavas de su inmortal Poema.

Las sangrientas jornadas postreras de aquella contienda de titanes fueron como nos dice la Historia, el asalto de Jerusalén y la toma de Sión por los cristianos (año 1099).

La acción episódica de esta escena lírico-dramática se inicia en el momento histórico en que las aguerridas huestes del Islam, son vencidas tras durísima y cruenta batalla.

ARGUMENTO

- ERMINIA -

La dulce y delicada Erminia, cándida doncella de estirpe real, había quedado huérfana.

Y las pálidas violetas de sus ojos ingenuos, mojáronse prematuramente con el amargo rocío del Dolor.

La joven princesa había llorado larga y silenciosamente la pérdida de su padre Cassan, rey de Antioquía, que fué muerto y vencido por las arrolladoras e iluminadas huestes de los Caballeros de la Cruz, durante la toma de la ciudad (3 de junio 1098).

Pero el loco amor, que está sobre el sentido, hizo que en su alma naciera un afecto tierno y dulce, que desgarró un punto el amargo tul, que velaba sus pupilas desde la muerte de su idolatrado progenitor.

La gallarda y noble aparición del caudillo Tancredo, vencedor de su estirpe, abrió, dulcísimo, el fanal armonioso de su vida sencilla, como la primera caricia de la rosada aurora abre, entre la esmeralda de los prados, la corola de una flor.

El capitán Tancredo—que a las órdenes de Godofredo de Bouillón, peleaba en la cruzada—no conocía otras leyes que las excelsas de Religión y Honor.

Espejo de caballeros, tuvo para la hija del rey vencido las más puras y tiernas delicadezas de su elevado corazón de oro. Respetuosamente, devolvió a la princesa cautiva sus prendas y joyas más queridas; y finalmente, púsola en libertad a la vista de los tranquilos horizontes de la amable tierra galilea.

Erminia se alejó. Había librado su cuerpo de la cautividad, pero no así su alma que mariposa tímida y blanca, quedó prendida, como una flor de nieve, en la ancha cruz pectoral del guerrero franco.

El viejo y tirano rey de Palestina, recogió en la maravilla de sus alcázares a la princesa Erminia, que, desde entonces, lució, en la diadema de la corte, como la perla más hermosa y peregrina de su fabuloso tesoro oriental.

- T A N C R E D O -

Príncipe siciliano; uno de los más apuestos y esforzados jefes de la primera cruzada.

Desde su infancia dióse a conocer por su admirable habilidad en el manejo de las armas y por la austeridad de sus costumbres.

En los cercos de Tarso y de Antioquía (o sea fines del año 1097 y comienzos del siguiente) demostró denodado e inmenso valor. En la marcha del ejército hacia Jerusalén, mandaba la vanguardia y habiendo llegado a media noche a Belén, fué de los primeros en plantar allí el estandarte cristiano.

Su intrepidez se hizo tan proverbial que excedía a los encantos del bosque mágico.

Combate a Clorinda, heroína del campo de los sarracenos de la que estaba rendidamente enamorado, y la mata sin conocerla.

Sitiando un castillo en 1112 cayó enfermo y fué a exhalar su último suspiro a Antioquía, dejando en el mundo, dice Guillermo de Tiro, el indeleble recuerdo de sus altos y extraordinarios hechos.

- A R G A N T E -

La brava amazona Clorinda había muerto luchando anónimamente dentro de su armadura negra, tomada de orín.

La buida lanza de Tancredo—el cual ignoraba la sexualidad femenina de su contendiente—le había pasado el seno.

«Oiga Jerusalén; oid ¡oh cielo! lo que jura Argante, y fulminad vuestros rayos sobre mi frente, si dejase de cumplirlo. Juro tomar del homicida franco, una venganza digna de mí, por esta muerte, y no deponer el alfanje que cño, hasta hundirlo en el corazón de Tancredo y haber dado a los cuervos su cadáver».

....Este voto de venganza, que tremante de ira, salió de los contraídos labios del feroz caudillo musulmán Argante, quedó vibrando en el pecho de los guerreros de Jerusalén, como el astil de junco de certera flecha al clavarse en el blanco.

Y el dolor de los agarenos por esta nueva pérdida se reconcentra en el juramento de venganza hecho por Argante.

- V A F R I N O -

Vafrino es un guerrero mozo sin personalidad sobresaliente en el Poema.

Alma generosa, guarda en su pecho, fraternalmente, el secreto amoroso de la princesa. Vafrino ama a Erminia como a hermana, y la sirve lealmente de escudero.

MOMENTO ESCÉNICO

El encuentro personal, nacido del voto de venganza pronunciado por Argante, habíase efectuado. Nadie, ningún ser mortal, conocía aún el resultado del desafío. El campo—testigo único de la lucha,—guardaba su secreto.

La escena se abre en las cercanías del lugar que vió esplender los ofuscadores relámpagos de las armas de guerra, blandidas con encono.

Rincón de bosque, tapizado de césped, entre el cual asoman sus cabecitas de oro las margaritas silvestres, que la brisa de la tarde mueve con dulzura.

CUADRO PRIMERO

Hay un paso para el campamento.—Al fondo se muestran claramente y disminuídas por la distancia, las tiendas de los cristianos.—En último término, elevan su mole ingente las murallas y torres de Sión, manchadas por la púrpura del sol.—Percíbese el rítmico trotar de unos caballos.—Erminia, encubierta con velo, aparece, acompañada de su fiel Vafrino.—Crepúsculo.

Declina la tarde.

Erminia cabalga semidoblada sobre el corvo cuello de su yegua árabe.

Lleva el corazón transido por la angustia.

Con ojos inquietos, escudriña el campo. Busca el lugar donde ha combatido su amado.

Vafrino, jinete sobre su alazán, la sigue silencioso.

Descabalgan. Por la brida sujetan sus corceles al corpulento tronco de una haya.

Penetran en la escena a pie.

Erminia, en un *recitativo* breve, dice a Vafrino: «El sol ya tramonta. Su luz desapareció; apresurémonos, pues, Vafrino, que pronto la obscura noche envolverá en sus sombras las tiendas de los cristianos y las torres de Sión.»

La princesa oriental aparece vestida con transparente túnica de color de malva, ceñida a la cintura por una estola de damasquinada seda, franjeada de oro. Dos luengos hilos de perlas rodean su turbante, cuyos pliegues sujeta el ojo de un enorme berilo que se alza fúlgido sobre la frente de la virgen, como la estrella de la tarde sobre la estatua de Afrodita. Doble hilera de preciosas perlas rodean su alabastrino cuello y escultural pecho, hasta cerca de la cintura. Sandalias de moaré, bordadas de pedrería, contornean graciosamente los finos y breves pies, que semejan dos invertidos jazmines de Trebisonda, de embriagadora fragancia.

Erminia levanta la recamada fimbria de su velo aéreo. Y elevando al palio celeste el aroma intenso de las claras violetas de sus ojos infantiles, susurra con labio trémulo: «¡Ah! ¡Séame propicio el cielo después de tantas fatigas!... Erminia busca a su Tancredo. ¡Oh glorioso vencedor, tú solo devolverás la paz y la calma a mi corazón!»

Laméntase de su doloroso destino. Y por uno de esos misteriosos movimientos del espíritu, vé que su corazón—gradualmente—comienza a serenarse como un mar. (Transición de pesimismo a optimismo).

La esperanza nace en el corazón de Erminia, como flor fragante dentro de una fresca gruta al borde de cristalino manantial.

Andante de suprema elegancia. De su boca brotan melodiosas estas palabras: «¿Será mi sino llorar constantemente? ¡Días más venturosos espero! ¡Oh, embelesador pensamiento de felicidad, consuela a un corazón que a tí se abandona! ¡Oh, acariciadora imagen, consuela a un corazón que se abandona a tí!»

Después, con frase ingenua y soñadora, declara que, aunque se ve privada de patria y diadema por el azar de la guerra, considerárase muy feliz uniéndose a Tancredo como esposa; ya que en los brazos de quien bien se ama, no se recuerda el bienestar perdido!

Erminia y Vafrino se van, y reanudan su afanosa investigación.

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Es noche ya.—Campo de batalla después del desafío.—Sobre el césped, a la izquierda del espectador, hállase tendido Argante. Su cuerpo desplomado, es de cera. Y los turbios globos de vidrio de sus pupilas, aún parecen amenazar al cielo.—Tancredo; caído cerca del cadáver de su enemigo, yace sin fuerzas. De su hendido cuerpo, brotan cintas de sangre, como de las peñas grietosas de un manantial. Su noble cabeza, languidece inclinada hacia atrás. Y en la transparencia de su faz de nácar, aparece marcado el sello inconfundible de la agonía.—En el campo, destellan dispersos, yelmos, escudos, puñales, un alfanje y una espada. Por el cielo, nubes pesadas huyen empujadas por el viento.—La mansa y solitaria luna envía una suave mirada de piedad sobre los cuerpos tronchados de los caudillos.

Vuélvese a oír el acompasado y rítmico son que producen las herraduras de unos caballos de guerra, al chocar con los guijarros ocultos entre la yerba.

Después de haber recorrido infructuosamente aquellos lugares de tragedia, doncella y escudero descalbalgan de nuevo. Y mirando Erminia con dolor y espanto los cuerpos inmóviles sobre la tierra, rasga entre sus finos dedos el cefirillo sutil de su velo matizado de oro. (*Allegro*). Y exclama: «¡Qué horrible espectáculo oprime el corazón en este campo de desolación y muerte!... ¡Son escudos y yelmos!... ¡Un puñal!»...

Su vista, nublada por la emoción, tropieza con el torso tajado de un agareno, a quien, de pronto no reconoce: «¡Un musulmán cubierto por el polvo parece descansar en la lobreguez de la tumba!» Empero después lo identifica y dice: «¿Qué veo?... ¡Argante, a quien la muerte segó!» Y prosigue en tono de indiferencia: «¡Cuánta sangre derramó!... ¡Oh, cielo, yo te imploro!»...

Al volver su rostro pálido, Erminia vislumbra la silueta trágica de otro cuerpo tendido; y en un breve *recitativo*, dice con acento de inquietud: «Pero, ¡oh! ¿quién es éste? A mi pesar, yo tiemblo.»

Anhelante reconoce a su amado, que apenas respira.

El terso y transparente lago de sus pupilas, ondea y se enturbia, agitado por el viento violento del Dolor. Luego, se desborda sobre el marfil purísimo del rostro.

Su voz es un trémolo de angustia infinita, que clama: «Sí, es Tancredo. ¡Qué horror! Tancredo mío, ¿eres tú?... Tú mueres, y yo vivo todavía!!!»

Allegro agitato. Con desesperado movimiento, arroja lejos de sí el jironado velo, que la brisa de la noche arrebató para fundirlo con la neblina. Y arrojándose sobre el pecho de Tancredo, exclama vibrante: «¡Ya no existe!; ¡ya no existe!; ¿estáis ya satisfechos, Dioses crueles?... ¡Satisfechos estais ya! ¡Tancredo mi amado bien, lo he perdido para siempre! ¡Sí, para siempre lo he perdido!»

Erminia parece una alondra desgarrada por el gavián del sufrimiento. Desea morir. Invoca a la muerte para que venga a liberar su alma desolada, que no concibe la vida sin la existencia de su adorado.

La brisa se ha transformado en viento. El viento ulula, lejano, y bate con sus alas gigantes las macizas murallas de Jerusalén. Sobre las almenas brillan algunas estrellas mortecinas. La faz enorme de la luna, tocada con reflejos de púrpura, se va escondiendo entre las masas grises de las nubes errantes, que manchan el azul profundo de la noche.

La infortunada princesa ya tan solo anhela verse sepultada en la misma tumba que ha de podrir las carnes rotas del caballero cristiano. Así podrá guardar a su amado eternamente....

En un instante, fúlgido, de clarividencia, incorpora al adorado Tancredo. Y al notar en sus mejillas lívidas, una súbita y ligera coloración rosada,—indicio cierto de vida—recobra la perdida esperanza. (Transición gradual del dolor al placer).

La figura ligera y grácil de la princesa, bañada de resplandor por los rayos de plata de la luna, se estremece, tiembla, y se dobla, bien así como un bello lirio de agua azotado por el vendaval.

Por fin, se inclina. Y los pétalos nevados de sus dedos, se aplastan febrilmente sobre las sienes del guerrero, cuya cabeza perfuman.

Suena otra vez su voz de cristal: «¿Será posible? Sobre su faz, bañada por mi llanto, un ligero carmín recubre su palidez... ¡No, no me engaño! Aun le queda vida; siento palpar su corazón... Si, él, de los héroes ejemplo y gloria, vivirá.»

Allegretto. Mientras la dulce caricia de sus ojos de flor, recorre amorosamente el rostro del amado, su pensamiento reflexiona. Y dice: «¡Ay de mí! Para salvar su vida, invoquemos en misterioso lenguaje de mágico arcano, que siempre devuelve al guerrero nuevo vigor.»

Y pronuncia ciertas palabras cabalísticas, que infunden nueva vitalidad y reaniman al héroe de la Cruz, cuyo hálito tenue va escapándose por sus heridas bermejas.

El rostro purísimo de Erminia se transfigura al sentir el beso consolador de la Esperanza.

El lago de sus iris constelados, se ha serenado ya.

Ahora refleja, límpida y fielmente, en la diafanidad de su terso cristal todo el fulgurante joyero de los cielos libres ya de nubes.

Una sonrisa inefable brilla en los labios de la doncella.

Con infinita ternura se dispone a curar las llagas que abrió Argante en el cuerpo de su paladín.

Su ingenuo corazón, transportado de júbilo, brinca en la cárcel del pecho.

Sin duda, presagia la salvación de su amado por las artes mágicas de su dueña.

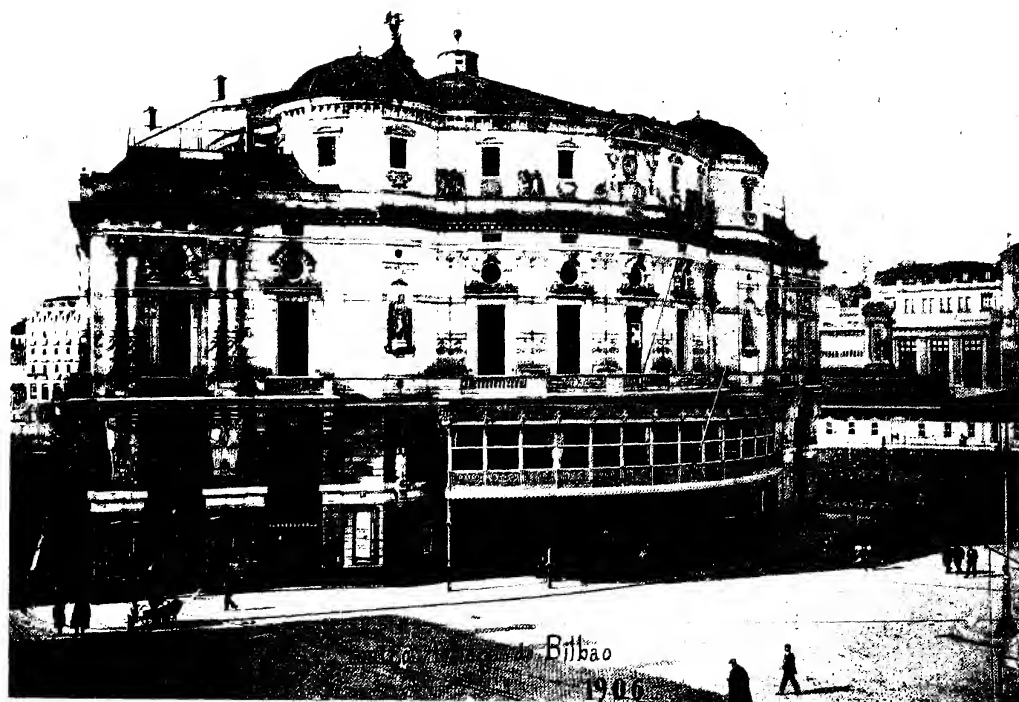
Y Erminia la princesa oriental, que perdió patria y diadema, henchida de optimismo, exclama: «¡Oh cielos! Amorosas palabras resuenan en mi corazón. ¡Lejos, lejos, temores y alarmas vanas; todo lo que me rodea es felicidad. Tancredo me deberá la vida! ¡Alegría inefable! ¡Dulce esperanza! Su corazón recompensará mis ansiedades y mi gran amor».

La luna, limpia y redonda, sin mácula de bruma, aparece llena de belleza.

Desde el centro del cielo, sonríe. Y como ofrenda infinita de amor y piedad por los que sufren, vierte la alabastrina ánfora de su luz purísima, sobre el poético grupo de los amantes.

Telón lento.





ERMINIA

Atal bat eta eleski bidun antzerki oresi-antzerkitu au, Tasso'tar Torkata'ren **Jerusalem azkatuta** deritxon olefkiaren yazokun batetik atarea izan zan, eta Arriaga'tar Jon Kisostoma'k eresitu eban, abeskorenak, ereskontzaz lagunduta, abestu legikean.

Bilbao'ko **Arriaga Antzoki**'an entzun zan berau lenengoz 1906'gafen urteko urtarila'ko 27'gafen egunan, Elise Leveroni deritxon abeskoren ospatsuak abestu ebala txalo ugariak entzunik. Abeskoren entzutetsu au italiatafa odolez izana'en, yayotzaz katalunyatafa da.

Leveroni abeslariak, berak eretirik izan daun gustietan eta nañun, poz-pozik abestu dau antzerki gorengo au, beti bere, txalo ugariak entzunik. Beraz, antzerki onen eresi-egilearen aberkideak garan gustiok biotzetiko eska'zof gayakoz Leveroni begiko oneri.

Arriaga eres-egilea Bilbao'tafa zan. eta efi au pozik egon leifeke ofelako seme ospatsuak dituala yakiñik. Euskaldun eresegile gorengo au Paris'eko Ereseñti-irakastolako irakaslea zala, ondiño gaztea, Paris'en bertan il zan, 1826' gafen urtean.

Madril'go eresi-argitaltzalea dan Matamala'tar Andoni'k, bere aldetik, eresegile euskaldun argiaren gomutea goratu gurarik, lan au argitaratu dau.



ERMINIA

Scène lyrique-dramatique en un acte et deux tableaux, d'après un épisode du poème «*La Jérusalem délivrée*» de Torquato Tasso, pour soprano, avec accompagnement d'orchestre, composée par **J. C. de ARRIAGA**.

*

Erminia — Princesse d'Orient..... Mlle Elise Leveroni
Tancrède — Chevalier des croisées (moribond)..... Mr. Antoine Pedrosa
Argante — Chef musulman (mort)..... Mr. Jean de Arana
Vafrin — Ecuyer d'Erminia..... Mr. Nicolas Fernandez

Un autre musulman mort: Mr. Richard Hespósitos; souffleur: Mr. Joseph Santafé;
Armurier: Mr. Albert de Benguria; Tailleur: Mr. Albert López.

Directeur d'Orchestre..... Mr. Joseph Sainz Basabe

Représentée pour la première fois avec grand succès au Théâtre
ARRIAGA de Bilbao, le 27 janvier 1906.

*

(Voyez le premier octave du dix-neuvième Chant de «*La Jérusalem délivrée*» de Torquato Tasso, dans lequel l'auteur fait le résumé des 131 octaves qui suivent et qui forment l'avant-dernier Chant du poème précité).

*

Vers la fin du XI^e siècle... La scène se passe à l'époque de la première Croisade, laquelle est une des plus intéressantes de l'Histoire du Moyen Age, classiquement et magistralement décrite par l'immortel poète de Sorrento, dans son admirable poème «*La Jérusalem délivrée*».

Vers la fin de cette fameuse lutte eut lieu l'assaut de Jérusalem et la prise de Sion par les chrétiens (15 juillet 1099).

C'est au moment de la déroute et de la dispersion des hordes musulmanes, après une rude et sanglante bataille, que commence l'action de cette scène lyrique et dramatique.

Argante, le puissant et féroce chef musulman, avait défié en combat singulier le chevalier **Tancrède**, courageux capitaine qui, sous les ordres de Godefroy de Bouillon, combattait avec ardeur pour la cause sacrée de la Croix.

Erminia est peut-être une des figures de femme les plus délicates et idéales que créât le poète. Cette belle, pure et chaste jeune fille de sang royal était devenue orpheline par la mort de son père, vaincu par les chrétiens qui avaient enlevé à ce dernier son trône et lui avaient en plus ôté la vie. Elle trouva un refuge dans le palais du vieux roi de Palestine. Malgré ces circonstances tragiques et douloureuses, **Erminia** était tombée éperduement amoureuse de l'illustre **Tancrède** que le destin lui envoya pour gardien pendant sa captivité, admirant en lui ses qualités de chevalier et de héros.

Vafrin est un jeune guerrier qui avec un dévouement généreux sert d'écuyer et de confident à la passionnée **Erminia** (*Herminie*).

Tancrède et **Argante** ont soutenu déjà le combat singulier dans les environs du champ de bataille.

Après une lutte furieuse, le premier a vaincu et tué le second; le chrétien blessé s'affaisse moribond aux côtés de son adversaire, perdant son sang par ses blessures.

Lyrisch-Dramatisches Bühnenspiel in 1 Akt und 2 Aufzügen, nach einer Episode des Gedichtes „*Das befreite Jerusalem*“ von Torquato Tasso, für Sopran mit Orchesterbegleitung, komponiert von **J. C. de ARRIAGA**.

*

Erminia — morgenländische Prinzessin..... Elise Leveroni
Tankred — Kreuzritter (sterbend)..... Anton Pedrosa
Argant — Muselmanischer Anführer..... Hans von Arana
Vafrin — Erminias Schildknappe..... Nikolas Fernandez

Ein weiterer Muselman (tot): Richard Hespósitos; Souffleur: Joseph Santafé; Waffen
von Albert von Benguria; Kostüme von Albert López.

Kapellmeister (Orchesterdirigent)..... Joseph Sainz Basabe

Zum ersten Male mit großem Erfolg im Theater ARRIAGA in
Bilbao am 27. Januar 1906 aufgeführt.

*

(Wir verweisen auf die erste Strophe des 19. Sanges von „*Das befreite Jerusalem*“ von Torquato Tasso, in der der Verfasser die folgenden 131 Strophen, die den vorletzten Sang des vorerwähnten Gedichtes bilden, zusammenfaßt).

*

Gegen Ende des XI. Jahrhunderts... Das Stück spielt in der Epoche der ersten Kreuzfahrt, der interessantesten der Geschichte des Mittelalters, so unvergleichlich und klassisch vollendet beschrieben von dem unsterblichen Dichter von Sorrento in seinem herrlichen Gedichte „*Das befreite Jerusalem*“.

Gegen Ende jenes berühmten Ringens fand der Sturm auf Jerusalem und die Einnahme von Zion durch die Christen (15. Juli 1099) statt.

Dieses lyrische und dramatische Bühnenspiel beginnt zur Zeit der Niederlage und Zerstreuung der muselmanischen Horden nach einer schweren und blutigen Schlacht.

Argant, der mächtige und grausame muselmanische Anführer, hatte den Ritter **Tankred**, einen tapferen Führer unter dem Befehl von Godefroy de Bouillon, der mutig und begeistert für die heilige Sache des Kreuzes kämpfte, zum Zweikampf herausgefordert.

Erminia ist vielleicht eine der idealsten und zartesten weiblichen Figuren, die der Dichter geschaffen hat. Dieses schöne, reine und keusche junge Mädchen königlichen Geblüts, war durch den Tod ihres Vaters, den die Christen besiegten, seines Thrones beraubt und umbrachten, zur Waise geworden und fand Aufnahme im Palast des bejahrten Königs von Palestina. Trotz dieser tragischen und schmerzlichen Umstände verliebt sich **Erminia** sterblich in den berühmten **Tankred**, den das Schicksal ihr zum Wächter während ihrer Gefangenschaft beschied, und sie bewundert an ihm die glänzenden Eigenschaften eines echten Ritters und Helden.

Vafrin ist ein junger Krieger, der mit großer Hingebung **Erminia** als Knappe dient und Vertrauter der leidenschaftlich verliebten Gebieterin ist.

Tankred und **Argant** haben den Zweikampf unweit des Schlachtfeldes ausgefochten.

Nach wütendem Ringen hat der erstere den letzteren besiegt und getötet; aber der tödlich verwundete Christ fällt neben seinem Gegner nieder und verliert sein Blut aus vielen Wunden.

Premier Tableau

Chemin conduisant au campement. — Au fond les tentes des chrétiens et en dernier lieu les murailles et tours de Zion. — On entend le trot de plusieurs chevaux. — Erminia, couverte d'un voile et accompagnée de l'écuyer Vafrin. — Crépuscule.

Au déclin du jour, la tendre et aimante Erminia chevauche, accompagnée de son écuyer Vafrin, vers l'endroit où eut lieu le terrible combat. Elle est inquiète; que sera-t-il advenu de son adoré Tancred durant ce dernier et acharné combat...

Arrivés près de ces lieux désolés, ils laissent leurs coursiers et entrent en scène à pied.

Erminia après un court récitatif lève son voile, gémit sur son triste sort qui la condamne à être si malheureuse, espérant cependant en des jours meilleurs.

Elle s'exprime ainsi à Vafrin en ajoutant que, même privée de patrie et de diadème, elle se trouverait heureuse de s'unir à Tancred, car près de celui que l'on aime on ne se souvient pas des biens perdus.

Ils sortent en continuant leurs tristes recherches.

(Changement de décor.)

*

Deuxième Tableau

C'est la nuit. — Le champ de bataille après le combat. — Argente, mort à gauche; Tancred immobile, gît ensanglanté à droite. Heaumes, casques, boucliers, une épée et un cimeterre, poignards, gisent épars sur le sol. — On recommence à entendre la cadence et le rythmique trot de chevaux. — Erminia et Vafrin viennent du fond. — Clair de lune apparaissant peu à peu.

Erminia, terrifiée par ce spectacle de ruines et de destruction, examine avec effroi les corps immobiles sur la terre, beaucoup d'eux déjà morts; sa vue tombe d'abord sur le corps d'un musulman qu'elle ne reconnaît pas tout de suite et elle dit: «Un musulman couché dans la poussière, enveloppé dans la nuit de tombeau, il semble reposer!... Et le reconnaissant tout d'un coup, elle s'écrie: «Que vois-je?... Argente! que la mort a frappé!» Et elle ajoute indifférente: «Que de sang il a versé!... Oh, ciel, je vous implore!...»

Mais, peu après, elle voit un autre corps gisant par terre; alors elle se met à trembler malgré elle...; elle observe ce corps de plus près...

C'est Tancred que, malheureusement, elle considère déjà perdu pour elle, perdu pour toujours!...

Arrachant son voile, et prise d'un désespoir fou, elle se jette sur le corps immobile et ensanglanté du guerrier étendu par terre.

Elle veut mourir, elle aussi, car elle ne peut concevoir la vie sans l'existence de son bien-aimé.

Elle désire être ensevelie dans la même tombe où elle descendra heureuse, pour rester à son côté pendant l'éternité.

Cependant elle observe que les joues si pâles de son amant qu'elle croyait mort, se colorent légèrement, et prise d'une folle espérance qui subitement renaît dans son âme, s'y livre amoureusement, pleine d'illusions.

Elle embrasse le mort, le serrant dans ses bras...

Alors, invoquant certaines paroles secrètes et mystérieuses qu'elle sait être magiques pour le guerrier blessé à qui elles rendent la vigueur perdue, elle les dit pour raviver le corps inerte du brave chevalier des croisées qui perd tout son précieux sang par ses terribles blessures.

Elle le caresse avec une infinie tendresse, lui murmurant tout bas d'amoureuses paroles, prodiguant au malheureux Tancred des soins précieux et se laisse transporter de joie en songeant que c'est grâce à ses artifices magiques que le chevalier adoré qu'elle embrasse de nouveau avec amour et presse dans ses bras, lui devra la vie...

(Le rideau tombe lentement pendant que la lune éclaire en plein le groupe principal.)

Erster Aufzug

Zum Schlachtfeld führender Weg. — Im Hintergrunde die Zelte der Christen und dahinter die Mauern und Türme von Zion. — Man hört mehrere Pferde herantraben. — Erminia, verschleiert, erscheint, begleitet von dem Knappen Vafrin. — Es dämmt.

Als sich der Tag zu Ende neigte, ritt die zarte, liebende Erminia in Begleitung ihres treuen Knappen Vafrin, der Stelle zu, wo der furchtbare Kampf entbrannt war. Sie ist unruhig: Was wird aus ihrem vergötterten Tankred in diesem erbitterten letzten Kampfe geworden sein? Sie kommen auf dem verwüsteten, öden Schlachtfelde an, lassen ihre Pferde zurück und nähern sich zu Fuß. Erminia, nach kurzen Rezitativ, nimmt ihren Schleier ab, beklagt sich bitter über ihr trauriges Los, das ihr dauernd Unglück beschert, hofft aber trotzdem auf bessere Tage.

So äußert sie sich zu Vafrin und fügt hinzu, daß sie, sogar bei Verlust von Heimat und Krone, sich glücklich schätzen würde, sich mit Tankred zu vermählen, denn vereint mit dem, den man wirklich liebt, gedenkt man nicht verlorener Güter.

Sie treten ab, indem sie weiter traurig suchen.

(Dekorationswechsel.)

*

Zweiter Aufzug

Es ist Nacht. — Das Schlachtfeld nach dem Treffen. — Argant, tot, zur Linken; Tankred, unbeweglich, liegt totenblaß zur Rechten; Helme, Schilder, Rüstungen, ein Schwert und ein Türkenäbel, Dolche, liegen ringsumher. — Man vernimmt aufs neue das gleichmäßige, rhythmische Pferdegetrabe. — Erminia und Vafrin nähern sich vom Hintergrunde. — Allmählich nimmt der Mondschein zu.

Erminia, entsetzt über diesen Anblick von Ruinen und Zerstörung, sucht mit Schrecken unter den unbeweglich daliegenden Körpern, von denen viele schon tot und erstarrt sind; ihr Auge fällt zuerst auf die Leiche eines Muselmans, den sie nicht gleich erkennt und sagt: „Ein Muselman, im Staube hingestreckt; inmitten dieser Grabesnacht sieht er aus als ob er schliefe“...; erkennt ihn aber plötzlich und ruft aus: „Was sehe ich? Argant, vom Tode getroffen!“ und fügt gleichgültig hinzu: „Wieviel Blut hat er vergossen! Oh, Himmel, sei ihm gnädig!“

Aber, gleich darauf, erblickt sie einen anderen Körper, der auf der Erde liegt, beginnt unwillkürlich zu zittern, betrachtet diesen Körper genauer... Es ist Tankred, den sie schon für sich verloren wähnt, verloren für immer!

Sie reißt ihren Schleier vom Gesicht und in wilder Verzweiflung wirft sie sich auf den regungslosen, blassen Körper des am Boden liegenden Kriegers.

Sie will sterben, sie auch, denn das Leben ohne ihn, ihren Heißgeliebten, ist inhaltlos.

Sie möchte begraben sein in derselben Gruft, in der er liegt, um ewig an seiner Seite zu weilen.

Indessen bemerkt sie, wie die so blassen Wangen ihres totgewähnten Geliebten sich langsam färben, und in der plötzlich in ihrem Innern wach gewordenen Hoffnungseligkeit gibt sie sich ganz der süßen Freude hin.

Sie umarmt und küßt den Sterbenden.

Da entsinnt sie sich gewisser geheimnisvoller Worte, von denen sie weiß, daß sie auf den verwundeten Krieger magisch wirken und ihm neue Kraft verleihen. Sie spricht die Worte aus, um den leblosen Körper des tapferen Kreuzritters, der all sein Blut durch seine furchtbaren Wunden verliert, aufs neue zu beleben.

Sie herzt ihn mit unsagbarer Zärtlichkeit, sagt ihm leise Liebesworte, pflegt den unglücklichen Tankred mit unendlicher Sorgfalt und gibt sich ganz der freudigen Wonne hin, daß dank ihrer magischen Künste der geliebte Ritter, den sie aufs neue mit Liebe in ihre Arme drückt, ihr sein Leben verdanken wird.

(Der Vorhang fällt langsam, während der Mond voll die Hauptgruppe bescheint.)

ERMINIA

3

Quadro primo. Passo per l'accampamento. — Nel fondo le tende dei cristiani ed in ultimo termine le mura e le torri di Sion. — Si sente il calpestio di cavalli. — Erminia coperta da un velo e seguita dallo scudiero Vafrino. — Luce crepuscolare.

Allegro. Met. $\text{♩} = 96$

Arriaga

Piano.

f

p

cresc.

ff

(Si alza la tela)

(Entrano Erminia e Vafrino)

Erminia *Recitativo*

p

dim.

ten.

sol tra-mon-ta già; sua lu-ce non è più,

4

dun-que affrettiam Va- frin, che pres-to la os- cu- ra

Poco più.

not-te co-pri- rà di sua om-bra le ten- de dei cris- tian e le to- rri di

Tempo I. (calmato) ten. Andante.

Sion. Pro- pi- zio il cie- lo, ah! sia- mi,

mosso acceler. e cresc. calmato Tempo I

do-po tan- ti af- fan- ni; Er- mi- nia, su- o Tan- cre- di cer- - ca;

ff a piacere meno

Oh! grande vin- ci- tor, sol tu ren- drai la pa- ce e cal- ma al cor-.

Andante. Met. ♩ = 88
(Abbandonandosi a dolci speranze)

5

f

dim. *p*

Sempre ge - - me - re sa -

-rà la sor - te mi - a? ; D'al - tri bei gior - ni as - pet - - te -

-rò! Sempre ge - - me - re sa - rà la sor - te

mi - a, al - tri bei gior - - ni as - pet - te - - rò.

Oh, lu-singhier, di fe - li - ci - tà pen-sie - ro, con-so - la un cor, che s'abban - do - na a

p

Più moto.

te, che s'abban - do - na a te. Oh! lu-sin-ghiera, lu-sin-ghie - ra i-

pp *cresc.*

-ma - go, con-so-la un cor che s'abban-do - na a te, con-so - la, con - so - la, con-so-la un

f *p* *ritard.*

f *p* *ritard.*

a tempo cor, che s'abban-do - na a te, con-so-la, con-so - la con-so-la un cor che s'abban-

f *p* *rit.* *a tempo*

-do - na a te, che s'abban-do - na a te, che s'abban-do - na a

te! (Partono) — (Cambiamento).

Quadro secondo. È già di notte. — Campo di battaglia dopo il combattimento. — A sinistra Argante morto. Tancredi inno-
vile giace a destra. — Per terra elmi, scudi, pugnali, scimitarre e spade. — Entrano Erminia e Vafrino per il fondo. —
Allegro. Chiaro di luna che illumina dolcemente.

Allegro.

(Entrano Erminia e Vafrino per il fondo.)

Recitativo

Ma su que-sto cam-po di mor-te, qua-le o- rri- bi- le

vis-ta strin-ge il cor; scu-di son, ed

el - mi. iun pug - na-le!

Un mu-sul - man av - vol - to nel-la pol - ve nel - la

not-te del-la tom - ba pa-re ri-po - sar... che veg-gio! Ar-gan, che la mor-te col-

a piacere *dolcemente* *a tempo*

-pi! Quan-to san - gue ver -

Andante.

-sò! Oh ciel, i - o tim - plo - ro.

ff *ff* *p*

a piacere ten. *Allegro.*

¿Macos-tui, oh chi è? Mio mal-gra-do io fre-mo.

meno *ff*

(anelante) *a tempo*

Si, Tan - cre - di... ¿Qual pa-vor!

pp *ff* *pp*

a piacere (Tira il velo e si avvicina premurosamente.)

Mio Tan-cre-di, sei tu? Muo-ri tu e vi-vo io an-co-ra.

ff *f* *ff*

Allegro agitato. (Met. $\text{♩} = 80$)

Non è più Dei cru - de - li, non è più. Dei cru - de - li sod-dis-

p *cresc.*

-fat - - ti sie-te già? Sod-dis - fat - ti sie - te già. Tan -

- cre - di, mioca-ro ben è per sempre per du - to, per sem - pre mio ben, Tan-cre - di,

mio ca-ro ben, mioca-ro ben, ben io ti per-do, mio ben, io ti per - do mio

ben, Tan-cre - di mioca-ro ben, mio ca-ro ben, ben io ti per-do, mio ben, io ti

per - do mio ben, mi - - o ben, mi - - o ben, mi - - o

(Incorpora il cristiano osservandolo attentamente)

ben.

ff

Lento assai.*Recitativo*

Esser può! So-pra il vol-to dal mio pianto asperso, leg-ge-ro ros-

Lento

dolce

p

-sor, ri-co-pre il suo pallor. No, non m'in-gan-no più, an-cor vi-ta gli

p

f

Allegro

res-ta. Sen-to già pal-pi-tar suo cor; de-glie-ro - i e-sem-pio e

p

ff

glo-ria, si, vi-vrà. In-vo-chiam-per sal-var sua vi-ta; oh! me! mis-te-rio - so par-

f

lar di ma-gi-co ar-can, cheren-de al guerrier sempre no-vel vi-go-re.

Allegretto. Met. ♩ = 84.

Plena luz de luna

f *p* *p* *f*

(Riflettendo mirandolo)

Tan - cre - di mi do-vrà la vi-ta, ca-ra gio-ia, dol-ce spe-ran - za,

p *p*

ca-ra gio-ia dol-ce spe-ran - za, il suo cuo-re com-pen-se-

ra que-sto grande a- mor e que-sto af- fan, il suo cuo- re com- pen- se - ra ques- to gran- de a-

-mor, ques- to af- fan, questo a- mor. ; Oh ciel! Ca - ri ac-

- cen - ti sul cor - ri - suo - na no, ri - suo - na - no sul mi - o cor, sul mi - o

cor. Via, via ti- mor, va - - ni al- lar- mi, tut - to in - tor - no mi

par fe - li - ci - tà, tut - to mi par fe - li - ci -

-tà. oh, mio ciel! Cariac-cen - ti ri-suo-na-no al cuo-re ca-ri ac-

-cen - ti ri-suo-na-no al cor, al mio cor, al mio cor, via, via, ti - mor, via va - ni al-

-lar - mi, tut - to in - tor - no mi par fe - li - ci - tà, mi par fe - li - ci -

ad libitum
tà; fe - li - ci - tà; Tan - cre - di mi do-vrà la vi-ta, ca-ra gio-ia, dol - ce spe-

-ran - za, ca-ra gio-ia, dol - ce spe - ran - za, il suo

cuo - re com - pen - se - rà ques - to gran - de a - mor e ques - to af - fan, il suo cuo - re com - pen - se -

Più moto.
- rà, ques - to gran - de a - mor, ques - to af - fan, ques - to a - mor. Tan - cre - di mi do -

- vrà la vi - ta, ca - ra gio - ia, dol - ce spe -

- ran - za; il suo cuo - re com - pen - se - rà, sì, il mio gran - de a -

- mor, af - fan ea - mor; ca - ra gio - ia, dol - ce spe -

- ran - - - za, com-pense - rà il mi-o a - mor, ca - ra

gio - ia, dol - ce spe - ran - - - za com-pense - rà il mi-o a -

- mor, il mio a - mor, il mio a - mor, il mio a - mor, il mio a -

(Abbraccia amorosamente Tancredi)

-mor, mi - o a - mor.

(Cala lentamente il sipario, mentre la luna illumina coi suoi raggi il gruppo principale)